

liz y unas laces de que carecían los demás ciudadanos.

Oigase un bello ejemplo del espíritu de justicia que deseaba el cristianismo introducir en nuestros tribunales. Observa san Ambrosio que si los obispos están obligados por su carácter a mejorar la clemencia del magistrado en materia criminal, jamás deben intervenir en las causas civiles que no son de su jurisdicción: "Porque no podeis, dice, solicitar por una de las partes sin perjudicar á la otra, y haceros tal vez culpables de una grande injusticia."<sup>1</sup>

¡Admirable espíritu de religión!

No es menos notable la moderación de san Crisóstomo: "Dios, dice este gran santo, ha permitido al hombre que deje á su mujer por causa de adulterio, mas no por causa de *idolatría*." Según el derecho romano, los infames no podían ser jueces. San Ambrosio y san Gregorio dan mas extension á esta admirable ley, porque no quieren que los que han cometido grandes culpas queden jueces, no sea que se condenen ellos mismos condenando á los otros.<sup>2</sup>

En materia criminal se exosaba el prelado, porque la religion se horroriza de la sangre. San Agustín obtuvo con sus ruegos, que perdonasen la vida á los Circuncisiones, convencidos de haber asesinado á unos sacerdotes católicos. El concilio Sardiense manda á los obispos que interpongan su mediación en las sentencias de toda clase de destierros.<sup>3</sup> De manera que el desgraciado no solamente debía la vida á esta caridad cristiana, sino lo que aun es mas precioso, hasta la dulzura de respirar sus aires nativos.

Esas otras disposiciones de nuestra jurisprudencia criminal son sacadas del derecho canónico: "4<sup>o</sup> No se debe condenar á un acusado que puede tener medios legítimos de defensa. 2<sup>o</sup> Ni el acusado ni el juez pueden servir de testigos. 3<sup>o</sup> Los grandes delincentes no pueden ser acusadores. 4<sup>o</sup> La deposición de una persona sola, de cualquier dignidad que sea, no puede ser suficiente para condenar á un acusado."<sup>4</sup>

En Hericourt puede verse la serie de estas leyes que confirman nuestra proposición; á saber: que debemos las mayores disposiciones de nuestro código civil y criminal al derecho canónico. Este derecho es en general mucho mas suave que nuestras leyes, y en bastantes puntos hemos desechado su indulgencia cristiana. Por ejemplo, el sétimo concilio de Cartago decide que cuando hay muchos capítulos de acusación, si el acusador no puede probar el primero, no se le debe

1 Ambros. de Offic. lib. III, cap. 3.

2 In cap. Isid. 3.

3 Hericourt, *Leyesales*, p. 760, cuest. VIII.

4 Cono. Sinal., sés. 17.

5 Este admirable dñon no se seguía en nuestras leyes francesas.

6 Her., loc. cit. y sig.

admitir á la prueba de los demás, y nuestros fueros y costumbres han dispuesto lo contrario.

Este beneficio que debe nuestro sistema civil á los reglamentos del cristianismo, es muy importante y tan poco observado como digno de serlo.<sup>1</sup>

En fin, las jurisdicciones feudales de señorío fueron por necesidad menos gravosas cuando dependian de las abadías ó prelacías, que cuando lo eran de un conde ó de un baron, porque un señor eclesiástico estaba obligado á ciertas virtudes de cuya práctica se creía exento un guerrero. Los abades dejaron pronto de ir á la guerra, y sus vasallos llegaron á hacerse unos labradores pacíficos. San Benito de Aniana, reformador de los benedictinos en Francia, recibía todas las tierras que le daban; pero nunca quiso aceptar los *señores*, pues como dice Hallyot, los restituía inmediatamente su libertad: este ejemplo de magnanimidad que dió un *monje* á mediados del siglo décimo, es bien admirable.

## CAPITULO XL

### POLICÍA Y GOBIERNO.

La costumbre que daba al clero el primer lugar en las asambleas de las naciones modernas, coincidía con aquel gran principio religioso que la antigüedad entera miraba como el fundamento de la existencia política. "Yo no sé, dice Ciceron, si quitando la piedad hacia los dioses, no se quitaría tambien la buena fe, la sociedad del género humano y la mas excelente de las virtudes, la justicia."<sup>2</sup> *Haud scio an, pistate adversus deos sublata, fides etiam, et societas humani generis, et una excellentissima virtus, justitia, tollatur.*<sup>3</sup>

Habiéndose, pues, creído hasta nuestros días que la religion es la base de la sociedad civil, no imputemos á un crimen en nuestros padres el que hayan pensado como Platon, Aristóteles, Ciceron y Plutarco, y elevado el altar y sus ministros al grado mas eminente del órden social.

Pero si nadie nos contradice sobre este punto de la influencia de la Iglesia en el cuerpo político, acaso se sostendrá que esta influencia ha sido funesta á la felicidad pública y á la libertad. Solo una reflexion haremos sobre esta vasta y profunda materia: subamos por un momento hasta los principios generales, y descendamos desde ellos, como es necesario hacerlo siempre que se desea encontrar la verdad.

La naturaleza en lo físico y moral no emplea al parecer mas que un solo medio para producir algun efecto, que es el de mezclar la fuerza y la blandura. Su energía parece que reside en la ley

1 Mr. de Montesquien y el doctor Robertson han hablado alguna cosa sobre esto.

2 De natura deor., l. 2.

general de los contrastes; pues si junta la violencia á la violencia ó la debilidad á la debilidad, lejos de formar cosa alguna, destruya por exceso por defecto. Todas las legislaciones de la antigüedad ofrecen este sistema de oposicion que produce un cuerpo político.

Una vez reconocida esta verdad, se sigue buscar después los puntos de oposicion: los dos principales residen, á mi entender, uno en las costumbres del pueblo y otro en las instituciones que le han de dar. Si es de un carácter flojo y tímido, su constitucion debe ser fuerte y animosa; si feroz, impetuoso ó inconstante, su gobierno suave, moderado é invariable. Por eso no fué buena la teocracia para los egipcios; los redujo á la servidumbre sin daries las virtudes que les faltaban era una nacion pacífica y necesitaba instituciones militares.

Por el contrario, la influencia del sacerdocio produjo en Roma efectos admirables: aquella realeza del mundo debió su grandezza á Numa, que supo poner la religion en el primer lugar entre un pueblo de guerreros; porque quien no teme á los hombres, debe temer á los dioses.

Lo mismo que decimos del romano se aplica al francés, pues no tiene necesidad de espuela que le excite, sino de freno que le contenga. Se dice que es peligrosa la teocracia; mas ¿en qué nacion belicosa ha conducido el sacerdote al hombre á la servidumbre?

Conforme, pues, á este principio general, debemos considerar la influencia del clero en nuestros antigua constitucion, y no por algunas relaciones particulares, locales y accidentales. Todos sus clamoros contra la riqueza de la Iglesia, contra su ambicion, son unas pequeñísimas consideraciones sobre un asunto inmenso; es mirar apenas la superficie de los objetos y no penetrarlos profundamente. El cristianismo en nuestro cuerpo político era como aquellos instrumentos religiosos que usaban los faccedemonios en las batallas, que servian no tanto para animar al soldado, cuanto para moderar su ardor.

Si se consulta la historia de nuestros Estados generales, se verá que el clero ejerció siempre el bello destino de moderador. Amansaba y calmaba los espíritus y suavizaba las duras providencias. La Iglesia sola tenia instruccion y experiencia, cuando los soberbios nobles y los plebeyos ignorantes no conocian respectivamente mas que la faccion y la ciega obediencia: ella sola, por la frecuente práctica de los sinodos y los concilios, sabía hablar y deliberar: ella sola se hacia respetable cuando ninguna otra cosa habia que lo fuese.

Nosotros la vemos sucesivamente oponerse á los excesos del pueblo, representar libremente á los reyes y despreciar la cólera de los nobles. La superioridad de sus talentos, su genio conciliador, su mision de paz, la naturalzera de sus mismos intereses debian darla generosas ideas de política, que no tenian los otros órdenes. Hallándose co-

locada en medio de ellos, debian darle mucho que temer los grandes y nada los comunes, de quienes por sola esta razon venia á ser como defensora natural; y por eso en tiempos de turbacion se adheria con preferencia al voto de los últimos. La cosa mas venerable que ofrecian nuestros antiguos Estados generales, era aquel banco de ancianos obispos con la mitra puesta y sus báculos en la mano, defendiendo alternativamente la causa del pueblo contra los grandes y la del soberano contra los señores facciosos.

Muchas veces fueron estos prelados víctima de su adhesion al pueblo. Fué tan grande el odio de los grandes contra el clero á principios del siglo XIII, que santo Domingo se vió en la necesidad de predicar una especie de cruzada para arrancar los bienes de la Iglesia á los poderosos nobles que violentamente los habian usurpado. Muchos obispos fueron muertos por ellos ó presos por la corte, sufriendo alternativamente las venganzas monárquicas, aristocráticas y populares.

Si se quiere considerar mas por mayor la influencia del cristianismo en la existencia política de los pueblos de la Europa, se verá que precavida las hambres salvando á nuestros antepasados de sus propios furros, y proclamando aquellas treguas, llamadas *treguas de Dios*, durante las cuales se recogian las mieses y se hacia la vendimia. En las conmociones públicas se portaron los papas muchas veces como muy grandes príncipes. Ellos fueron los que despertando á los reyes, tocando el alarma y formando ligas, estorbaban que el Occidente llegase á caer en manos de los turcos. Solo este servicio hecho al mundo por la Iglesia merecia alabares.

Unos hombres indignos del nombre cristiano degollaban los pueblos en el Nuevo Mundo, y la corte romana expedía bulas para contener estas atrocidades. Teniase por licita y legitima la esclavitud, y la Iglesia no reconocia esclavos entre sus hijos.<sup>4</sup> Los excesos mismos de la corte de Roma dieron motivo á separar los principios generales del derecho de los papas. Cuando los papas ponian entredicho á los reinos, cuando precisaban á los emperadores á que fuesen á dar cuenta de su conducta á la santa sede, se arrogaban un poder que no les competia; pero ofendiendo la majestad del trono, tal vez acarrearban mucho bien á la humanidad, pues los reyes se hacian mas circunspectos con este freno que servia al pueblo de espanto. Los rescriptos de los pontífices no dejaban nunca de mezclar la voz de las naciones y el interés general de los hombres con las quejas particulares. "Hemos sido noticiosos de que Felipe, Fernando, Enrique opinó á "su pueblo, etc." Tal era poco mas ó menos el

1 La famosa bula de Paulo III.

2 El decreto de Constantino que declara libre á cualquier esclavo que abraza el cristianismo.

principio de todos estos decretos de la corte romana.

Si existiera en medio de la Europa un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas y que prescribiese las guerras y las revoluciones, sería la mayor y más excelente obra de la política y el último grado de la perfección social. Los papas han estado á punto de conseguirlo con la influencia que ejercían sobre los países cristianos.

Montesquien probó muy bien que el espíritu y consejo del cristianismo es opuesto al poder arbitrario, y que sus principios hacen más que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas y el temor en los Estados despóticos. Por otra parte, ¿no existen repúblicas cristianas, aun al parecer más adictas á un religion que á las monarquías? ¿No se formó bajo la ley evangélica aquel gobierno que miraba Tácito como un sueño, tan excelso como la poesía? "En todas las naciones, dice este grande historiador, gobierna el pueblo, ó los nobles, ó uno solo; porque una forma de gobierno que se compusiese de todas tres, no sería más que una brillante quimera, etc."<sup>1</sup>

No podía Tácito creer que esta especie de milagro se realizase algún día entre los salvajes cuya historia nos dejó escrita; porque las pasiones bajo el politeísmo hubieran derribado muy pronto un gobierno que no se conserva sino por la igualdad de los contrapesos. El fenómeno de su existencia estaba reservado á una religion que manteniendo el equilibrio moral mas perfecto, permite establecer la mas perfecta balanza política.

Montesquien observó el principio del gobierno inglés en las selvas de Germania; pero tal vez era mas sencillo descubrirle en la division de los tres órdenes, conocida de todas las grandes monarquías de la Europa moderna. En Inglaterra ha empezado por sus Estados generales, como la Francia y la España: esta última se hizo una monarquía absoluta, la Francia monarquía templada y la Inglaterra monarquía mixta. Lo mas notable es que las cortes de la primera disfrutaban muchos privilegios que no tenían los Estados generales de la segunda, ni los parlamentos de la tercera, y que el pueblo mas libre ha caído en el gobierno mas absoluto. Por otra parte, los ingleses, que casi estaban reducidos á la esclavitud, se acercaron á la independencia; y los franceses, que ni eran muy libres ni muy esclavos, permanecieron en el mismo estado poco mas ó menos.

Esta division, pues, es una grande y fecunda idea política, absolutamente ignorada de los antiguos, la cual ha producido entre los modernos el sistema representativo, que puede po-

nerse en el número de aquellos tres ó cuatro descubrimientos que han creado otro universo. Digamos en honor de nuestra religion, que el sistema representativo dimana en parte de las instituciones eclesiásticas. La Iglesia ofrece la primera imagen en sus concilios, compuestos del soberano pontífice, de los príncipes, y del clero inferior. Los sacerdotes cristianos después, sin separarse del Estado, dieron origen á aquel nuevo órden de ciudadanos, que uniéndose á los otros dos llevaron consigo la representación del cuerpo político.

No debemos omitir una reflexión que apoya los hechos precedentes, y prueba que el caracter evangélico es eminentemente conforme á la libertad. La religion cristiana establece como dogma la igualdad de moral, que es la única que puede predicarse sin trastornar el mundo. Procuraba acaso el politeísmo persuadir al patrio romano que no era de un barro mas noble que el plebeo? ¿Qué pontífice hubiera osado pronunciar tales palabras á los oídos de Nerón ó de Tiberio? Inmediatamente hubiera sido conducido al suplicio este temerario levita. Pero entre nosotros, los potentados cristianos reciben todos los días semejantes lecciones en aquella cátedra llamada con razon *cátedra de la verdad*.

Generalmente hablando, el cristianismo es sobre todo admirable por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de Roma y de la Grecia, la igualdad y la libertad, se encuentran en nuestra religion, pero aplicados al alma y al genio y considerados bajo sublimes respectos.

Los consejos del Evangelio forman el verdadero filósofo, y sus preceptos el verdadero ciudadano. No hay pueblo cristiano, por pequeño que sea, en donde no sea mas dulce el vivir que en el mas famoso de la antigüedad, exceptuando á Atenas, la cual fué admirable, pero horriblemente injusta. Hay en las naciones modernas una paz interior, un ejercicio continuo de las mas tranquilas virtudes, que no se hallaban en las orillas del Ilisus ni del Tiber. Si repentinamente resucitaran de sus cenizas la república de Bruto ó la monarquía de Augusto, nos horrorizaríamos de la vida romana. Representémoslos si no los juegos de la diosa Flora y aquella continua carnicería de los gladiadores, y no necesitamos mas para conocer la enorme diferencia que ha puesto el Evangelio entre nosotros y los paganos: el mas infame cristiano hombre de bien, es mas moral que el primer filósofo de la antigüedad.

"Finalmente, dice Montesquien, debemos al cristianismo en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes; que la naturaleza humana nunca apreciará bastante."

"Este derecho hace que la victoria entre nosotros deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes, los bienes

“y la religion, siempre que uno no quiera cederse á sí mismo.”<sup>2</sup>

Añadamos, para coronar tantos beneficios, otro que debiera estar escrito con letras de oro en los sales de la filosofía: LA ABOLICION DE LA ESCAVITUD.

## CAPITULO XII.

### RECAPITULACION GENERAL.

Llegamos, en fin, al término de nuestra obra, mas no sin bastante temor y desconfianza. Las graves ideas que nos han movido á emprenderla, la peligrosa ambición que hemos tenido en determinar, en cuanto nos ha sido posible, la cuestion sobre el cristianismo; todas estas consideraciones, digo, nos llenan de espanto. Difícil es descubrir hasta qué punto aprueba Dios que tomen los hombres en sus débiles manos la causa de su eternidad; que se hagan abogados del Criador en el tribunal de la criatura, y procuren justificar con razones humanas aquellos altísimos consejos que dieron el ser al universo. Con una extrema desconfianza, pues, por la insuficiencia de nuestros talentos, ofrecemos aquí la recapitulacion general de esta obra.

Toda religion tiene misterios; toda la naturaleza es un secreto.

Los misterios cristianos son los mas bellos de todos, y el arquetipo del sistema del hombre y del mundo.

Los sacramentos son una legislación moral y son pinturas llenas de poesía.

La fe es una fuerza, la caridad un amor, la esperanza el fundamento de una felicidad completa, ó como habla la religion, una perfecta virtud.

Las leyes de Dios son el código mas perfecto de la justicia natural.

La caída de nuestro primer padre es una universal tradicion.

En la constitucion del hombre moral se puede hallar una nueva prueba que contradice la constitucion general de los seres.

La prohibicion de tocar al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, es un mandamiento sublime.

Todas las pretendidas pruebas sobre la antigüedad del mundo pueden ser impugradas.

Digma de la existencia de Dios, demostrado por las maravillas del universo, desmido visible de la Providencia en los instintos de los animales, portentos de la naturaleza.

La moral sola prueba la inmortalidad del alma. El hombre desea la felicidad y es el único ser que no puede obtenerla: hay pues una felicidad mas allá de la vida, porque es claro que lo que no existe no se desea.

El sistema del ateísmo solo está fundado en

1 *Espíritu de las Leyes*, lib. XXIV, cap. 3.

excepciones: el cuerpo no influye sobre el alma: esta es la que influye sobre el cuerpo. El hombre no sigue las reglas generales de la materia; disminuye con lo que el animal aumenta.

Para nadie es bueno el ateísmo: ni para el desgraciado á quien consuela la esperanza; ni para el dichoso cuya felicidad destruye; ni para el soldado á quien hace tímido; ni para la mujer cuya ternura y belleza marchita; ni para la madre que puede perder su hijo; ni para los jefes de los hombres, en fin, porque no tienen garante mas seguro de la felicidad de los pueblos que la religion.

Los castigos y las recompensas que anuncia ó promete el cristianismo en la otra vida, concuerdan con la razon y la esencia del alma.

En poesía, son mas bellos los caracteres y mas energías las pasiones bajo la religion cristiana, que lo eran bajo el politeísmo. Este no presentaba parte alguna dramática, ni combates de las inclinaciones naturales y de las virtudes.

La mitología disminuía la naturaleza, por cuya razon no tenían los antiguos poesía descriptiva. El cristianismo da al desierto sus mismas pinturas y sus soledades.

El maravilloso del cristianismo puede igualarse con el maravilloso de la fábula. Los antiguos fundaban su poesía sobre Homero, los cristianos sobre la Biblia: las bellezas de la Biblia sobrepujan á las de Homero.

Las bellas artes deben su renacimiento y perfeccion al cristianismo.

En filosofía, no se opone á ninguna verdad natural. Si algunas veces ha impugnado las ciencias, ha seguido el espíritu de su siglo y la opinion de los mayores legisladores de la antigüedad.

En historia, nos hubiéramos quedado inferiores á los antiguos, sin el carácter nuevo de imágenes, de reflexiones y de pensamientos que ha producido la religion cristiana: lo mismo decimos de la elocuencia moderna.

Las reliquias de las bellas artes, la soledad de los monasterios, los portentos de las ruinas, las graciosas devociones del pueblo, la armonía del corazón, de la religion y de los desiertos, es lo que conduce al examen del culto.

En el cristianismo están unidos en todas las cosas la pompa y la majestad á las intenciones morales y á las oraciones páticas y sublimes. El sepulcro vive y se anima en nuestra religion. Desde el pobre labrador que reposa en el cementerio campestre, hasta el rey que yace en el soberbio panteon de Saint-Denis, todo duerme en una ceniza poética: Job y David, apoyados en el sepulcro de los cristianos, cantan alternativamente la muerte á las puertas de la eternidad.

Acabamos de ver lo que deben los hombres al clero secular y regular, á las instituciones y al genio del cristianismo.

Si Shoonbeck, Bonnani, Giustiniani y Helyot hubieran guardado mas órden en sus laboriosas

1 *Th. An. lib. IV, §3.*

2 *In vit. Agris.*

investigaciones, podríamos dar aquí el catálogo completo de los servicios hechos por la religión a la humanidad. Empezaríamos haciendo la lista de todas las calamidades que oprimen al alma ó al cuerpo del hombre, y podríamos bajo cada dolor el orden cristiano destinado á su alivio. No es exageración lo que vamos á decir: imagínese un hombre el género de miseria que se le anteje, piénselo como quiera, y nosotros afirmamos con la mayor seguridad, que la religión ha adivinado su pensamiento y preparado el remedio. Lo que hallamos después de un cálculo ejecutado con toda la exactitud posible, es lo siguiente:

Se cuentan sobre la superficie de la Europa cristiana 4.300 ciudades, villas y lugares, poco mas ó menos.

De estos 4.300 pueblos, 3.294 son de la primera, segunda, tercera y cuarta magnitud.

Dando un hospital á cada uno de estos 3.294 pueblos (cálculo á la verdad muy bajo), tendríamos 3.294 hospitales, casi todos instituidos por el genio del cristianismo, dotados con los bienes de la Iglesia y servidos por las órdenes religiosas.

Tomando un medio proporcional y dando solamente 100 camas á cada uno de estos hospitales, ó bien, si se quiere, 50 camas por cada dos enfermos, veremos que la religión, independientemente de la multitud inmensa de pobres que mantiene, socorre y alimenta cada día, desde mas de mil años á esta parte, cerca de 329.400 hombres.

En un plan de los colegios y universidades se hallan los mismos cálculos, con corta diferencia, y se puede afirmar, sin temor alguno de equivocarse, que enseña á lo menos 300.000 jóvenes en los diferentes Estados de la cristiandad.<sup>1</sup>

No incluimos en esta cuenta los hospitales, ni los colegios cristianos en las otras tres partes del mundo, ni la educación de las niñas por las religiosas.

Añadamos ahora á estos resultados el catálogo de los hombres célebres que han salido del seno de la Iglesia, y que casi forman las dos terceras partes de los hombres grandes de los siglos modernos; digamos, segun lo hemos demostrado, que la renovación de las ciencias, de las artes y de las letras se debe á la Iglesia; que de la mayor parte de los grandes descubrimientos modernos, como la pólvora, los relojes, los anteojos, la brújula, y en la política el sistema representativo, la somos también dueños; que la agricultura, el comercio, las leyes y el gobierno la deben obligaciones inmensas; que sus misiones han llevado las ciencias y las artes á los pueblos incultos, y las leyes en medio de los salvajes; que su caballería ha contribuido poderosamente á salvar á

<sup>1</sup> Véase la nota 32, en donde se hallarán las bases de todos estos cálculos, que expresamente se han dejado cortos.

la Europa de una invasión de nuevos bárbaros; que el género humano le debe:

El culto de un solo Dios;

El dogma mas seguro de la existencia del Ser Supremo;

La doctrina menos vaga y menos cierta de la inmortalidad del alma, igualmente que el de las penas y recompensas en la otra vida;

La mayor humanidad entre los hombres;

Una virtud perfecta, que equivale á todas las demás, esto es, la caridad;

Un derecho político y un derecho de gentes ignorados de los pueblos antiguos, y sobre todo, la abolición de la esclavitud.

¿Quién no se hallará convencido de la hermosura y grandeza del cristianismo? ¿Quién no quedará confundido y abrumado con el asombroso peso de tal cúmulo de beneficios?

### CAPITULO XIII Y ULTIMO.

¿CUAL SERIA EL ESTADO DE LA SOCIEDAD SI EL CRISTIANISMO NO HUBIERA APARECIDO SOBRE LA TIERRA?—CONJETERAS.—CONCLUSION.

Acabaremos esta obra con el exámen de la importante cuestion que sirve de epigrafe á este último capítulo; y procurando descubrir lo que nosotros probablemente seríamos en el día si el cristianismo no hubiera existido, aprenderemos á apreciar mejor cuánto debemos á esta religión divina.

Augusto consiguió el imperio por medio de crímenes y reinó bajo la forma de las virtudes. Suecía á un conquistador, y para distinguirse fué pacífico. No pudiendo ser un grande hombre, quiso ser un príncipe dichoso. Dió á sus súbditos mucha quietud; se apaciguó aquel tempestuoso é inmenso mar de corrupción, y á esta calma se llamó prosperidad. Augusto tuvo el genio de las circunstancias, que es el de aquel que recoge los frutos que ha preparado el verdadero ingenio: sígnole sí, mas no siempre la compensa.

Tiberio despreció mucho á los hombres y sobre todo les manifestó demasiado este desprecio. El único sentimiento que descubrió, era precisamente el que debiera haber disimulado; mas no le era posible reprimir el exceso de su alegría al ver al pueblo y senado romano en una situación inferior á la belleza misma de su propio corazón.

Cuando se vió á este pueblo soberano postrarse ante Claudio y adorar al hijo de Enoabardo, pudo juzgarse que se le había honrado, guardándose con él alguna medida. Roma amó á Nerón; mucho tiempo después de la muerte de este tirano, seaban sus fantasmas al imperio fuera de sí de puro gozo y esperanza. Es menester que no detengamos aquí á contemplar las costumbres romanas, porque ni Tito, ni Antonino, ni Marco

Aurelio, pudieron mudar su fondo: solo un Dios pudo hacerlo.

El pueblo romano fué siempre un pueblo horrible: no se incurrió en los vicios de que hizo ostentación bajo sus dueños, sin cierta perversidad natural y alguna defección de corazón. Atenas corrompida nunca fué execrable: aun en medio de las prisiones solo pensaba en gozar: vió que sus vencedores no se lo habían quitado todo, habiéndola dejado el templo de las Musas.

Cuando Roma tuvo virtudes, fueron unas virtudes contra naturaleza: el primer Bruto degolló á sus hijos y el segundo asesinó á su padre. Hay ciertas virtudes forzosas nacidas de la situación, que muy fácilmente se toman por virtudes generales, y no son mas que unos resultados locales. Roma libre fué por decontado frugal porque era pobre; valiente porque sus instituciones la ponian el acero en las manos, y salía de una cueva de ladrones. Por otra parte, era feroz, injusta, avara, lujuriosa; no tuvo cosa mas bella que su genio, su carácter fué odioso.

Los decentivos la hollaron; Mario derramó á su arbitrio la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo: por último insulto, abjuró públicamente la dictadura. Los conjurados de Catilina se obligaron á matar á sus propios padres, y tomaron por juguete derribar aquella majestad romana que intentaba comprar Yugurta.<sup>2</sup> Vinieron los triunviratos y sus proscripciones. Manda Augusto al padre y al hijo que se maten el uno al otro, y el padre y el hijo lo ejecutan. El senado se muestra demasiado vil aun con Tiberio.<sup>3</sup> El dios Nerón tiene templos. Sin hablar de aquellos delatores nacidos de las primeras familias patricias; sin mostrar las cabezas de una misma conjunción delatándose y degollándose unos á otros;<sup>4</sup> sin representar unos filósofos discursivos infames, se iba á ver cómo una bestia feroz bebía el sangre humana; pasábase de la vista de una prostitución al espectáculo de las convulsiones de un hombre moribundo. (Horrible pueblo, que habia puesto el oprobio en el nacimiento y la muerte, y elevado sobre un mismo teatro los dos grandes misterios de la naturaleza para deshonrar de un solo golpe toda la obra de Dios!

Los esclavos que cultivaban la tierra tenían continuamente puestos los grilletes; todo su alimento se reducía á un poco de pan, agua y sal; á la noche, se les encerraba en subterráneos que no tenían mas ventilación que una claraboya abierta en la bóveda de aquellos calabozos. Había una ley que prohibía matar los leones de Africa, reservándolos para los espectáculos de Roma, y

<sup>1</sup> *Sed filii familiarum, quorum ex nobilitate maxime pars erat, parentes interfecerunt. Salust. in Catil. XLIV.*

<sup>2</sup> *Ibid. in Bell. Jugurth.*

<sup>3</sup> *Suet. in Aug. y Ann. Alej.*

<sup>4</sup> *Tac. Anal.*

<sup>5</sup> *Id. ib., lib. XV, 56, 57.*

<sup>6</sup> *Id. ib., lib. XIV, 15.*

Papiniano, jurisconsulto y prefecto del pretorio, que no se precaba de fidedigno, respondió á Claudio que le mandaba justificar la muerte de su hermano Geto: "Mas fácil es cometer un parricidio que justificarlo." *Hist. Aug.*

bres, de los cuales eran algunos casados y con hijos: "A fin de que, dice el historiador, tuviese "con esto su hija cancos dignos de una reina "del Oriente."

Agregad á esta bajera de carácter una espantosa corrupción de costumbres. El grave Caton va á asistir á las prostituciones de los juegos de Flora. Hallándose en cinta su mujer Marcia, la cede á Hortensio: muere éste poco tiempo después y habiendo dejado á Marcia heredera de todos sus bienes, vuelve á recibirla Caton en perjuicio del hijo de Hortensio. Ciceron se separa de Terencia para casarse con su pupila Publia. Séneca nos enseña que habia mujeres que no contaban sus años por los edúsculos, sino por el número de sus maridos: Tiberio inventa los *scellarii* y los *spintrie*; Nerón se casa públicamente con el liberto Pitágoras,<sup>7</sup> y Helio gálibo celebra sus bodas con Hierocles.<sup>8</sup>

Este mismo Nerón, á quien tantas veces hemos citado, fué quien instituyó las fiestas Juvenales. Los caballeros, los comedores, las mujeres de la primera esfera estaban obligadas á salir al teatro, á ejemplo del emperador, y cantar canciones disolutas, remedando los alicances de los histriones.<sup>9</sup> Para la comida de Tigellino sobre el estanque de Acripa se habian construido casas á la orilla del lago, donde las mas ilustres romanas estaban colocadas en frente de las cortinas enteramente desnudas. Al anoecer se iluminó todo,<sup>6</sup> á fin de que el desenfreno tuviese un sentido mas y un velo menos.

La muerte era una parte esencial de aquellas diversiones antiguas, sirviendo en ellas de contraste y de realce á los placeres de la vida. Para que no faltase regocijo á las comidas, se hacian ir gladiadores con cortezas y misticos que tocaban la flauta. Al salir de los brazos de uno de sobre las virtudes en medio de las disoluciones de Nerón; á Seneca escusando un parricidio y á Burrho alabándole y llorándole al mismo tiempo; sin buscar en los tiempos de Calba, Vitelio, Domiciano y Comodo aquellas acciones bajas, que aunque se han leído mil veces, siempre asombran de nuevo, bastará una sola para pintar la infamia romana. Plauciano, ministro del Severo; casando su hija con el primogénito del emperador, hizo mutilar á cien romanos li-

<sup>1</sup> *Dion., lib. LXXVII, p. 1271.*

<sup>2</sup> *De benefic. III, 16.*

<sup>3</sup> *Tac. An. XV, 37.*

<sup>4</sup> *Dion., lib. LXXIX, p. 1263. Hist. Aug. p. 10.*

<sup>5</sup> *Troít. An. XI, 15.*

<sup>6</sup> *Troít. An. XV, 37.*

hubiera sido severamente castigado un rústico que hubiese defendido su vida contra alguno de ellos.' Cuando un desgraciado perecía en la palestra, despojado por una pantera ó traspasado con las hastas de un ciervo, cierta clase de enfermos iban á bañarse en su sangre y á beberla con bárbara ansiedad.' Calígula deseaba que el pueblo romano no hubiera tenido más que una sola cabeza para derribarla de un solo golpe.' Este mismo emperador, en tanto que llegaban los juegos del circo, mantenía á los leones con carne humana, y Neron estuvo ya para hacer como hombres vivos á un egipcio conocido por su voracidad.' Tito, para celebrar la fiesta de su padre Vespasiano, arrojó á las bestias 3.000 judíos para que los devoraran.' Aconsejaban á Tiberio que mandara quitar la vida á uno de sus antiguos amigos, que atormentado lentamente en las prisiones iba desfalleciendo: "No me reconcilié con él," respondió el tirano; expresión que demuestra todo el carácter de Roma. Era una cosa bastante común degollar cinco mil, seis mil, diez mil y veinte mil personas de todas condiciones, sexos y edades, por cualquiera sospecha del emperador: los parientes de las víctimas adornaban sus casas con ramajes, besaban las manos del *dies* y asistían á sus fiestas. La hija de Sejano, de edad de nueve años, que decía que *ella no lo haría otra vez*, y pedía que se la *acotase*,<sup>1</sup> al tiempo de ser conducida á la prisión fué violada del verdugo antes de ser ajusticiada por él; tanto era el respeto que tenían á las *lujas* aquellos virtuosos romanos! En tiempo de Claudio (y lo refiere Tacito\*) como un bello espectáculo, se vieron degollarse y matarse entre sí á *dios* y nueve mil hombres sobre el lago Fucino, para divertir al populacho romano antes de llegar á las manos, salutarlos los combatientes al emperador: *Ave, imperator, morituro te salutant.* "¡Cesar, los que van á morir te saludan!" expresión tan tierna como vil.

La extinción absoluta del principio moral es la que daba á los romanos aquella fuerza para morir, que tan neciamente se ha admirado. Siempre son comunes los suicidios en los pueblos corrompidos. El hombre reducido al instinto del bruto, merecía indiferecemente como él. Nada diremos de los otros vicios de los romanos, esto es, del infantilismo autorizado por una ley de Romulo y confirmado por la de las XII Tabas, y de la sordida avaricia de aquel pueblo famoso. Scap-

cio había prestado algunos fondos al senado de Salamina, y no habiendo podido este pagarle en el término aplazado, le tuvo Scarpio sitiado tanto tiempo con cabaleros, que muchos señadores murieron de hambre. El estoico Bruto, de inteligencia con aquel cohechador, se interesó por él con Ciceron, mas este no pudo menos de indignarse.<sup>1</sup>

Si los romanos, pues, cayeron en la servidumbre, á sus costumbres se lo debieron atribuir. La baja es la que por deconato produce la tiranía, y por una justa reaccion prolonga después la baja. No nos quejemos del estado actual de la sociedad; el pueblo moderno mas corrompido es un pueblo virtuoso, respecto de las naciones paganas.

Aun cuando se supusiera por un momento que el orden político de los antiguos fué mas bello que el nuestro, su orden moral nunca se aproximó al que ha producido en nosotros el cristianismo; y últimamente, siendo la moral el primer fundamento de toda institución social, jamás llegaremos á la depravación de la antigüedad, mientras fuéremos cristianos.

Rotos los vínculos políticos en Roma y en Grecia, ¿qué freno les quedó á los hombres? ¡El culto de tantas divinidades infames podía acaso conservar unas costumbres que no estaban sostenidas por las leyes? Lejos de remediar la corrupción, vino á ser uno de los agentes mas peligrosos. Por un exceso de miseria que hace temblar, la idea de la existencia de los dioses, que mantiene la virtud entre los hombres, fomentaba los vicios entre los paganos, y parecía que eternizaba el crimen, dándole un principio de duración eterna.

Tradiciones nos han quedado de la iniquidad de los hombres, y de las catástrofes terribles que nunca han dejado de seguirse á la depravación de las costumbres. No pudiera ser muy bien que Dios hubiese dispuesto el orden físico y moral del universo, de manera que el trastorno en el último llevase consigo mudanzas en el primero, y que los grandes crímenes trajesen naturalmente las grandes revoluciones? El pensamiento obra en el cuerpo de un modo inexplicable: puede ser que el hombre sea el alma del gran cuerpo del universo. Esto simplificaría mucho la naturaleza y engrandecería maravillosamente la esfera del hombre; sería también una clave para la explicación de los prodigios, que entran de nuevo en el curso ordinario de los hechos de los dioses, los incendios, la ruina de los Estados, trayesen sus causas secretas en los vicios del hombre; si el crimen y el castigo fuesen las dos fuerzas motrices colocadas en los dos platos de la balanza moral y física del mundo, la correspondencia sería bella y no formaría mas que una sola

1 *Cod. Theod.*, tom. VI, p. 92.

2 *Tert. Adoleget.*

3 *Suet. in Fl.*

4 *Suet. in Caligula et Ner.*

5 *Josefo, de Bell. Judic.*, lib. VII.

6 *Tacit. An. lib. XV, Dion. lib. LXXVII, p. 1200, Herodien. lib. IV, p. 150.*

7 *Tac. An. V, 9.*

8 *Ibid. An. lib. XII, 56.*

1 El interés de la suma era cuatro por ciento mensualmente. *Vid. Cicero, Epist. ad Attic.*, lib. VI, ep. 2.

y completa creación que á primera vista parece doble.

Pudo suceder muy bien que la corrupción del imperio romano sacase á los bárbaros del centro de sus desiertos, quienes sin conocer la misión secreta que tenían para destruir, se llamaron por el título general *de acate de Dios*. ¿Qué hubiera llegado á ser el mundo, si la grande area del cristianismo no hubiera salvado las reliquias del género humano de este nuevo diluvio? ¿Qué suerte quedaba á la posteridad? ¿dónde se hubieran conservado las luces?

Los sacerdotes del politeísmo no formaban un cuerpo de hombres literatos sino en la Persia y el Egipto; pero los magos y sacerdotes egipcios, que por otra parte no comunicaban sus ciencias al vulgo, no existían ya formando cuerpo, al tiempo de la invasión de los bárbaros. En cuanto á las sectas filosóficas de Atenas y Alejandria, siembos que se encerraban casi enteramente en estas dos ciudades, ó que cuando mas consistían en algunos centenares de retóricos que hubieran sido degollados con los demás ciudadanos.

Si espíritu de proselitismo entre los antiguos; sin ningún fervor para enseñar; sin retro al decreto para tratar con Dios y para salvar en él las ciencias, ¿qué pontífice de Júpiter hubiera salido al frente de Atila para desearlo? ¿Qué crítico hubiera persuadido á un Alarico que rotaban entre sus tropas de Roma? Los bárbaros que entraban entre ya medio cristianos; mas aun cuando les supongamos marchando bajo la bandera sangrienta del dios de la Escandinavia ó de los tartaros, es claro que si no encontraban en su marcha ni una fuerza de opinión religiosa que les obligara á respetar cosa alguna, ni un fondo de costumbres que comenzara á renovarse entre los romanos por el cristianismo; no lo dudemos, todo lo hubieran destruido. Este mismo fué el proyecto de Alarico: "Yo siento en mi, decía este rey bárbaro, cierta cosa que me impele á abrazar á Roma." Es un hombre subido sobre unas ruinas, que parece gigantesco.

De los diferentes pueblos que invadieron el imperio, parece que los godos tuvieron el genio menos destructor: Teodorico, vencedor de Odoatre, fué un gran príncipe, era un hombre literato y cristiano; esto declaró todas las conjeturas. ¿Qué hubieran hecho los godos *idólatras*? Todo lo hubieran destruido, sin duda, como los otros bárbaros. Además que se corrompieron muy pronto; y si se hubiesen puesto á adorar á Priapo, Venus y Baco, en lugar de Jesucristo, ¿qué horrible mezcla no hubiera resultado de la religión sangrienta de Odino y de las fábulas disolventes de la Grecia?

Tan poco á propósito era el politeísmo para conservar cosa alguna, que él mismo se arruina-

ba por todas partes, y Maximino quiso darle las formas cristianas para sostenerle. Establecido, pues, en cada provincia un levita que correspondía al obispo y un gran sacerdote que representaba al metropolitano.<sup>1</sup> Juliano fundó conventos de paganos é hizo predicar á los ministros de Baal en sus templos. Este fantástico remedo del cristianismo desapareció inmediatamente, porque ni estaba sostenido por el mismo espíritu de virtud, ni apoyado en la moral.

La única clase de entre los vencidos que respetaron los bárbaros, fué la de los sacerdotes y religiosos. Los monasterios vinieron á ser otros tantos hogares donde se conservó el fuego sagrado de las artes con las lenguas griega y latina. Habiéndose refugiado al sacerdocio cristiano los primeros ciudadanos de Roma y Atenas, evitan de este modo la muerte ó la esclavitud á que hubieran sido condenados como los demás del pueblo.

De aquí puede inferirse el abismo en que hoy nos halláramos sumergidos si los bárbaros hubieran sorprendido al mundo en tiempo del politeísmo, por el estado á que han quedado reducidas las naciones en que se ha extinguido el cristianismo. Todos seríamos esclavos turcos, ó alguna otra cosa peor; porque el mahometismo tiene un fondo de moral tomado de la religion cristiana, sin embargo de que es un secta muy distante de ella. Al modo que el primer Ismael fué enemigo de la antigua Jacob, así el segundo lo es de la nueva.

El naufragio de la sociedad y de las ciencias sin duda hubiera sido total en el cristianismo. No es posible calcular cuántos siglos hubiera tardado el género humano en salir de la ignorancia y de la barbarie corrompida en que se hubiera visto sepultado. Nada menos se necesitaba que un cuerpo inmenso de solitarios espárcidos por las tres partes del globo y trabajando de concierto á un mismo fin, para conservar aquellas centellas que han vuelto á encender entre los modernos la antorcha de las ciencias. Ningun orden político, filosófico ó religioso del paganism, volvemos á decir, hubiera podido hacer este servicio inapreciable, á falta de la religion cristiana. Dispersos por los monasterios los escritos de los antiguos, escaparon así de las devastaciones de los godos. Últimamente, el politeísmo no era una religion literata, como el cristianismo, si podemos explicarnos así, porque no juntaba, como este, la metafísica y la moral á los dogmas religiosos. La necesidad que han tenido los sacerdotes cristianos de publicar obras útiles, ya para propagar la fe, ya para combatir la herejía, ha contribuido poderosamente á la conservación y renovación de las luces.

Siempre se ha observado que el Evangelio ha preacavido la destrucción de la sociedad en cuan-

1 Véase la nota 53 al fin de la obra.

1 *Eas.*, lib. VIII, cap. 14; lib. IX, cap. 2-8.

tos casos le han sido posibles; porque suponiendo que no hubiera aparecido sobre la tierra, y que por otra parte hubiesen permanecido los bárbaros en sus salvas, es de presumir que el mundo romano, disolviéndose en la corrupción de sus costumbres, estaba amenazado á una espantosa ruina.

¿Si se hubiesen sublevado los esclavos? Pero tan perversos eran estos como sus amos, participaban de los mismos placeres é ignominia, tenían la misma religión, y esta religión de las pasiones destruía toda especie de mudanza en los principios morales. La ilustración no adelantaba, sino que atrasaba; las artes decían. La filosofía solo servía á difundir un género de impiedad, que sin conducir á la destrucción de los ídolos, producía los crímenes y las desgracias del ateísmo en los grandes y dejaba á los pequeños en la superstición. ¿Hubiera hecho progresos el género humano porque Nerón no creía en los dioses del Capitolio y profanaba por desprecio todas las cosas sagradas?

¿Túcto pretendió que aun había moralidad en el centro de las provincias? mas estas escapaban ya á hacerse cristianas, y nosotros hablamos en la suposición de que el cristianismo no hubiese sido conocido, ni hubieran salido los bárbaros de sus desiertos. En cuanto á los ejércitos romanos, que verosíblemente hubieran desmembrado el imperio, estaban los soldados tan corrompidos como los demás ciudadanos, y lo hubieran estado mucho mas si no se hubiesen alistado entre los godos y los germanos. Todo lo que puede conjeturarse, es que después de dilatadas guerras civiles y una sublevación general que hubiese durado muchos siglos, la especie humana hubiera quedado reducida á algunos hombres errantes sobre las ruinas. Mas ¿cuántos años hubieran sido menester para que este nuevo árbol de los pueblos hubiese extendido sus ramas sobre tantos destrozos? ¿Cuánto tiempo olvidadas ó perdidas las ciencias hubieran tardado en renacer, y en qué estado de infancia se hallaría la sociedad aun en el día?

Así como el cristianismo ha librado á la sociedad de una total destrucción, convirtiendo los bárbaros y recogiendo las reliquias de la civilización y de las artes, así tambien hubiera salvado al mundo romano de su propia corrupción, si este mismo no hubiese caído bajo las armas extranje-

1 Tacit. An., lib. XIV; Suet. in Ner. Religiónem usque quaque contempnitur praeter unius deae Syriae. Hanc mox ita sprevit, ut urina contaminaret.

2 Tacit., An., lib. XVI, 5.

3 Dionis. et Ignat., Epist. ap. Eus. IV, 23; Chrys. Op. tom. VII, p. 638 y 810, edic. Scivil. Plin. Epist. X, Luciano in Alexandro, c. 25. En la famosa carta que Luciano inserta al principio de la obra, se veja Plinio de que los templos e idios desiertos y no se encuentran quien compra las víctimas sagradas, etc. etc.

ras. Una religión sola puede renovar un pueblo en su origen: la de Cristo empezaba á frastablar con las bases morales. Los antiguos admitían el infanticidio y la disolución al lazo conyugal, que en realidad no es mas que el primer vínculo social: su probidad y su justicia eran relativas á su patria, sin pasar fuera de los límites de su país. Los pueblos reunidos en cuerpo tenían otros principios que el ciudadano en particular: el pudor y la humanidad no encontraban entre las virtudes. La clase mas numerosa de los hombres era la esclava; las sociedades fluctuaban continuamente entre la anarquía popular y el despotismo: he aquí los males á que traía el cristianismo un remedio seguro, como lo ha probado, libertando de ellos á las sociedades modernas. Aun la grande rigidez de sus primeras austeridades fué necesaria: era preciso que hubiese mártires de la castidad cuando habia prostituciones públicas; penitentes cubiertos con el cilicio y la ceniza cuando la ley autorizaba los mayores crímenes contra la moral; héroes de caridad cuando habia monstruos de barbarie: en fin, para arrancar á todo un pueblo corrompido de los viles combates del circo y de la palestra, era preciso que tuviese la religión, por decirlo así, sus atletas y sus espectadores en los desiertos de la Tebaida.

Jesucristo, pues, puede llamarse con toda verdad, en sentido material, el *Salvador del mundo*, así como lo es en sentido espiritual. Su aparición sobre la tierra, humanamente hablando, es el acontecimiento mas grande que jamás se ha visto entre los hombres, supuesto que al publicarse el Evangelio mudó de faz el mundo entero. El momento en que vino el Hijo del hombre es muy notable: si hubiera venido un poco antes, su moral no era absolutamente necesaria, porque los pueblos se sostenían con sus antiguas leyes; si hubiera diferido por mas tiempo su venida, la sociedad hubiera naufragado.

Nosotros nos preciamos de filósofos en este siglo; pero la ligereza con que tratamos las instituciones cristianas, nada tiene ciertamente de filosófica. El Evangelio bajo todos respectos ha mudado á los hombres, pues les ha hecho dar un paso inmenso hacia la perfección. Es preciso considerarle como una gran institucion religiosa que ha renovado la especie humana, y entonces desaparecen todas las objeciones, todos los enredos de la impiedad. Las naciones paganas estaban ciertamente en un estado de infancia moral respecto del que nos hallamos nosotros, pues algunos bellos rasgos de justicia de ciertos pueblos antiguos no destruyen esta verdad ni mudan la economía de las cosas. Pero el cristianismo nos ha traído indubitablemente nuevas luces e el culto que conviene á un pueblo perfecto ó maduro ya por el tiempo; es, si así podemos hablar, la religión natural en la edad presente del mundo, así como el reino de las figuras convenia á la cuna de Israel. En el cielo no ha co-

locado mas que un Dios; en la tierra ha abolido la esclavitud. Considerense por otra parte sus misterios, según lo hemos hecho, como el arquetipo de las leyes de la naturaleza, pues nada tiene de violento para los naturales; las verdades del cristianismo, lejos de exigir la sumisión del entendimiento, piden el ejercicio mas sabido de la razon.

He aquí una observación muy justa: la religión cristiana, que han querido hacerla pasar por la religión de los bárbaros, es precisamente un culto tan propio del filósofo, que casi puede decirse le habia adivinado Platon; y no solamente la moral, sino tambien la doctrina del discípulo de Sócrates, tiene admirables relaciones con la del Evangelio. He aquí cómo la receipta Dacler:

“Platon prueba que el Verbo ha ordenado y hecho visible este universo; que el conocimiento de este Verbo hace que se tenga aquí bajo una vida dichosa, y proporciona la felicidad después de la muerte.

“Que el alma es inmortal, que los muertos han de resucitar, que habrá un juicio final de buenos y malos, donde se presentarán con sus felicias ó sus virtudes, que serán la causa de la felicidad ó desgracia eterna.

“Ultimamente, añade el sabio traductor, Platon tenia una idea tan grande y tan verdadera de la soberana justicia y conocia tan perfectamente la corrupción de los hombres, que hizo ver que si un hombre soberanamente justo viviese sobre la tierra, hallaría tanta oposición en el mundo, que seria preso, encarcelado y azotado, y ultimamente crucificado por aquellos mismos que, sin embargo de estar llenos de injusticia, pasarían por justos.”

Los detractores del cristianismo están en tal situación, que es difícil dejen de conocer su falsedad. Si pretenden que la religión de Cristo es un culto formado por los godos y los vándalos, fácilmente se les prueba que las escuelas de la Grecia tuvieron nociones bastante distintas de los dogmas cristianos. Si por el contrario, desean que la doctrina evangélica es la doctrina filosófica de los antiguos, ¿por qué estos filósofos la desechan? ¿Am aquellos que no descubren mas en el cristianismo que antiguas alegorías del cielo, de los planetas, de los signos, etc., no destruyen la grandeza de esta religión; mas cuando le pretendiesen siempre resultaría ser profunda y magnífica en sus misterios y antigua y sagrada en sus tradiciones, por medio de las cuales, y siguiendo esta nueva idea, podríamos hacerla surgir todavía hasta la cuna del mundo. Es digno de admiración, por cierto, que no puedan todas las interpretaciones de la incredulidad llegar á disminuir aun en lo mas mínimo la grandeza del cristianismo.

1 Dacler, *Discursos sobre Platon*, pág. 52.

Por lo que respecta á la moral evangélica, todos confiesan su belleza; cuanto mas conocida y practicada sea, tanto mas ilustrados serán los hombres sobre su felicidad y verdaderos intereses. La ciencia política es en extremo limitada: el último grado de perfección á que hubiera podido llegar, era el sistema representativo, método del cristianismo, según lo hemos demostrado. Pero una religión, cuyos preceptos son un código de moral y de virtud, es una institucion que puede suplir á todo y ser en las manos de los santos y de los sabios un instrumento universal de felicidad. Tal vez llegará algun tiempo en que todos las formas de gobierno, fuera de la del despotismo, parezcan indiferentes, y se sigan simplemente las leyes morales y religiosas, que son el fondo permanente de las sociedades y el verdadero gobierno de los hombres.

Los que ratiocinan sobre la antigüedad y quieren volvernos á sus instituciones, olvidan siempre que el orden social no es ni puede ser el mismo. A falta de una grande potencia moral, era necesaria á lo menos una fuerza coercitiva entre los hombres. En las repúblicas de la antigüedad, la multitud sabemos que era esclava; el hombre que cultivaba la tierra pertenecía á otro hombre; habia *padres*, mas no habia *naciones*.

El politeísmo, pues, religion imperfecta por todos respectos, podia tal vez suplir en aquel estado imperfecto de la sociedad, porque cada dueño era una especie de magistrado absoluto, cuyo terrible despotismo contenía al esclavo en su deber y suplía con prisiones lo que le faltaba de fuerza moral y religiosa: careciendo tambien el paganismos de la excelencia necesaria para hacer al pobre virtuoso, se veia obligado á dejarle tratar como un malhechor.

Mas en el orden presente de las cosas, ¿quién reprimirá una multitud enorme de pasiones libres y distantes de la vista del magistrado? ¿Quién podrá en los arrabales de una grande capital prevenir los desórdenes de un populocho independiente, sino una religion que predica la moral y la paz y habla de las obligaciones y virtudes propias á todas las condiciones de la vida? Destruir el culto evangélico, y en cada poblacion habreis de menester un tribunal con prisiones y verdugos. Si por un acontecimiento mandado volvieran en algun tiempo á ser erigidos entre los pueblos modernos los altares de las falsas divindades llenas de pasiones que adoró el paganismos, si en un orden social en que la servidumbre está abolida, se fuese á adorar al *Idolón Mercario* y á *Venus la prostituta*, seria perdido el género humano.

Aquí está el grande error de los que alaban al politeísmo de haber separado las fuerzas morales de las fuerzas religiosas, reprendiendo al mismo tiempo al cristianismo de haber seguido un sistema opuesto, sin ohar de ver que el paganismos que se dirige á un inmenso rebaño de esclavos, debía temer ilustrar á la especie huma-

na, y había de procurar embrutecerla, manteniéndola en un culto que solo hablaba a los sentidos, sin dar elevación alguna al espíritu. Por el contrario, el cristianismo que quería destruir la servidumbre, debía iluminar al hombre acerca de la dignidad de su naturaleza; y producirle los dogmas de la razón y de la virtud; pudiéndose decir que el culto evangélico es el culto de un pueblo libre, por sola la razón de unir a la religión.

Ya es tiempo en fin de que nos horroricemos del estado en que hemos vivido por espacio de algunos años. Tiéndase la vista sobre esa nueva raza que se cria ahora en nuestras ciudades y en nuestros campos; sobre todos esos jóvenes, que habiendo nacido durante la revolución, nunca han oído hablar de Dios ni de la inmortalidad de sus almas, ni de las penas ó recompensas que les esperan en la otra vida, ó imagínense a lo que puede venir a pasar alguna día semejante generación si no se da prisa a aplicar el remedio a tan maligna plaga. Ya se manifiestan los síntomas de las terribles, habiéndose contaminado la edad de la inocencia con muchos crímenes. Contéñese la filosofía, que no puede introducirse en casa del pobre, con balilar en las chozas y estancias del rico, y deje síquese mejor dirigida y haciéndose mas digna de su nombre, derribo esos muros que había querido levantar entre el hombre y su criador.

Apoyemos nuestras últimas conclusiones con autoridades que no serán sospechosas a los filósofos.

“Poca filosofía, dice Bacon, aleja de la religión, y mucha filosofía conduce a ella: nadie mitiga que hay un Dios sino es aquel a quien importa que no le haya.”

Segun Montesquieu, “decir que la religión no es un motivo que reprime, porque no reprime siempre, es decir que las leyes civiles no son tampoco un motivo que reprime. No se trata de saber si sería mas conveniente el que cierto hombre ó pueblo no tuviese religión ó que abusase de la que tiene, sino de averiguar cuál es el menor mal, si abusar algunas veces de la religión, ó que no haya ninguna entre los hombres.”

“La historia de Sabacon, dice el hombre célebre que volvemos a citar, es admirable. Apareciósele en sueños el dios de Thebas, y le mandó que hiciese morir a todos los sacerdotes de Egipto: juzgó que no era acepto a los dioses que él reinase, puesto que lo ordenaban

“ cosas tan opuestas a su voluntad ordinaria, y se retiró a Etiopia.”

Ultimamente, exclama J. J. Rousseau así: “Huid de aquellos que, bajo el pretexto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones de los hombres doctrinas que desconuelcan, y cuyo aparente escoticismo es cien veces mas afirmativo y mas dogmático que el tono decisivo de sus contrarios. Con arrogante pretexto de que ellos solos son ilustrados, sinceros, de buena fe, nos someten imperiosamente a sus tajantes decisiones, y pretenden darnos, por verdaderos principios de las cosas, los más inteligibles sistemas que ellos se han frugado en su imaginación. Además, que derribando, destruyendo, hollando a sus plantas todo cuanto respetan los hombres, privan a los afligidos del último consuelo de su miseria, quitan a los pobres y a los ricos el único freno de sus pasiones, desarraigan de la honda de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bienhechores del linaje humano. Nunca es dañosa, dicen ellos, la verdad a los hombres: yo lo creo así tambien, y esto es, á mi parecer, una prueba grande de que no es la verdad lo que ellos enseñan.

“Uno de los sofismas mas familiares al partido filosófico, es el de oponer un pueblo que se supone de buenos filósofos, á un pueblo de malos cristianos; como si un pueblo de verdaderos filósofos fuese mas fácil de formarse que un pueblo de verdaderos cristianos. Yo no sé si entre los individuos es el uno mas fácil de encontrarse que el otro; pero lo que sí sé bien, es que cuando se trata de pueblos, es preciso poner que abusarian de la filosofía sin religión, como los nuestros abusan de la religión sin filosofía; lo cual me parece muda mucho el estado de la cuestión.

“Por otra parte, es cosa muy fácil ostentar bellas máximas en los libros; pero lo que se trata de saber es si ellas corresponden bien a la doctrina y si se derivan ó infieren de ella necesariamente, que es lo que hasta ahora no ha tratado con claridad. Resta todavía saber si la filosofía, á su arbitrio y sobre el trono, sojuzga bien al orgullo, al interés, á la ambición, á las pasioncillas del hombre, y si *practicaria aquella humanidad tan dulce que nos alaba con la pluma en la mano.*

“POR LOS PRINCIPIOS NO PUEDE LA FILOSOFÍA HACER NINGUN BIEN QUE LA RELIGION NO LE HAG A TODAVIA MEJOR; Y LA RELIGION HACE MUCHOS QUE NO PODRIA HACER LA FILOSOFÍA.

“Nuestros gobiernos modernos deben indubitablemente al cristianismo su mas sólida atad-

1 *Id. ib. lib. XXIV, cap. 4.*

“ ridad y que sus revoluciones hayan sido menos frecuentes, y en caso de haberse verificado algunas, que hay sido menos sanguiarias; lo cual se prueba por el hecho comparandolos con los gobiernos antiguos. La religion enanto mas bien se conoce, mas aleja el fanatismo y mas dulzura da á las costumbres cristianas. *Esta madurez no es obra de las letras; porque por donde quiera que han florecido, no ha sido por eso mas respetada la humanidad: las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma, de los chinos, son un testimonio de ello. ¿Cuántas obras de misericordia ha hecho el Evangelio!*

Por lo que hace á nosotros, estamos convencidos de que el cristianismo saldrá triunfante de la terrible prueba que acaba de acrisolarle; persuádonos á esto el que puedo ser perfectamente examinado por la razón, y que cuanto mas se le sonde mas grandeza se descubre en él. Sus misterios explican al hombre y á la naturaleza; sus obras apoyan sus preceptos; su caridad bajo mil formas ha reemplazado la crueldad de los antiguos. Nada ha perdido de las pompas antiguas, y su culto satisface mas el corazón y el entendimiento. Todo es lo debemos, letras, ciencias, agricultura, bellas artes; herrañan la moral con la religión y al hombre con Dios: Jesucristo salvador del hombre moral, lo es tambien del hombre físico; vino como un feliz acontecimiento para contrarrestar la inundación de los bárbaros y la corrupción total de las costumbres. Ann cuando se negasen todas las pruebas sobrenaturales

del cristianismo, la sublimidad de su moral, la inmensidad de sus beneficios, la belleza de sus pompas, serian suficientes para probar que es el culto mas divino y mas seguro que jamás ha hablado entre los hombres.

“Con los que tienen repugnancia á la religion, dice Pascal, es preciso comenzar mostrándoles que no es contraria á la razón; después, que es venerable; en seguida hacer concebir respeto hacia ella; luego hacerla amable y hacer desear que fuese verdadera, y después manifestar con pruebas incontestables que lo es en efecto, y hacer ver su antigüedad y santidad por su elevación y grandeza.”

Tal es el rumbo que había señalado aquel grande hombre y nosotros hemos procurado seguir. Si los apologistas que nos han precedido han tomado diverso camino, con todo eso, nosotros hemos venido á parar, aunque por sendas enteramente distintas, á la misma conclusion, que será el resultado de esta obra.

El cristianismo es perfecto, los hombres imperfectos.

Una consecuencia perfecta no puede deducirse de un principio imperfecto.

Luego el cristianismo no ha salido de los hombres. Si no ha salido de los hombres, solo puede haber venido de Dios.

Si ha venido de Dios, no han podido conocerlo los hombres sino por la revelación.

Luego el cristianismo es una religion revelada.



1 En los papeles públicos se refieren crímenes cometidos por niños desventurados de once ó doce años. Preciso es que sea muy grave el peligro, cuando los mismos rufianes se quejan de los vicios de sus hijos.

2 Montesq. *Esp. de las Leyes*, lib. XXIV, cap. 2.